

VII

Corridas de toros.—Sevilla el picador.—La estocada á volapié

Aun hubo que esperar dos días. Nunca me han parecido más largas las horas, y leí más de diez veces, para engañar la impaciencia, el cartel puesto en casi todas las esquinas, que prometía maravillas: ocho toros de las mejores ganaderías; Sevilla y Antonio Rodríguez, picadores; Juan Pastor (el Barbero) y Guillén, espadas; prohibición al público de que arrojara al redondel naranjas ni otros proyectiles.

La función se llama media corrida, porque en otro tiempo había dos todos los lunes, una por la mañana y otra á las cinco de la tarde, las cuales formaban la corrida entera; ahora no se da más que la segunda.

El lunes, día de toros, es siempre feriado; nadie trabaja; los que aun no tienen billetes van á la carrera á la calle de Carretas, donde está el despacho de billetes, á ver si queda alguno, porque el enorme circo está enteramente numerado, lo cual deberían imitar los teatros de Francia. La calle de Alcalá, arteria principal de la villa, está llena de gente á pie, á caballo y en coche, y para tal solemnidad salen de las cocheras los calesines y los carricoches más raros y extravagantes, tirados por las más fenomenales mulas. Un calesín lleva gene-

ralmente á una manola y á una amiga con su manolo y á un racimo de muchachos colgados de la caja, y corre como el viento entre un torbellino de gritos y de polvo. También hay coches con cuatro ó cinco mulas, cuyos equivalentes sólo se encontrarían en los cuadros de Van der Meulen, que representan las cazas ó conquistas de Luis XIV. El buen tono para las manolas es ir en calesín á la plaza, empeñar los colchones para hacerse con dinero, y aunque no muy virtuosas los demás días de la semana, lo son menos el domingo y el lunes. También se ve gente del campo que llega á caballo, con la carabina en el arzón de la silla; otros vienen en burros, solos ó con sus mujeres; esto sin contar los coches de la aristocracia y una muchedumbre de ciudadanos y de señoras con mantilla que aprietan el paso, porque ya se distingue el destacamento de la milicia nacional á caballo que marcha con los clarines á la cabeza para hacer el despejo, y por nada del mundo se debe perder ese espectáculo, y el de la fuga del alguacil, cuando ha entregado á un mozo la llave del toril donde están metidos los astados gladiadores.

La plaza de toros está situada fuera de la puerta de Alcalá, á mano izquierda, y es un circo enorme, cuya parte exterior nada tiene de notable; como todo el mundo tiene su billete por anticipado, la entrada se efectúa con el mayor orden.

En torno del redondel hay una barrera de tablas, de seis pies de altura y de color de sangre de toro, con un estribo á ambos lados, á unos dos pies de altura, donde los chulos y banderilleros ponen el pie para saltar cuando les persigue el toro. Esta barrera se llama *las tablas* y tiene cuatro puertas para el servicio de plaza, entrada de los toros, arrastre de caballos, etc. Otra barrera hay, que

forma con la primera una especie de pasillo, donde están los chulos cansados, el picador de reserva (que debe estar allí preparado por si sale herido ó muerto el de tanda), el cachetero y algunos aficionados, que á fuerza de perseverancia consiguen, á pesar de los reglamentos, colarse en el dichoso pasillo, cuya entrada es tan ambicionada en España como la de los bastidores de la Opera de París.

Como á veces el toro furioso salva la primera barrera, la segunda tiene una red de cuerdas destinada á precaver otro arranque; varios carpinteros con hachas y martillos están preparados para componer los desperfectos que puedan ocurrir. Pero se han visto toros con muchos pies, como se les llama técnicamente, que han saltado la contrabarrera, como se prueba con un grabado de Goya, que representa la muerte del alcalde de Torrejón, miserablemente enganchado por un toro.

Desde allí empiezan las gradas destinadas á los espectadores: las que están cerca de las cuerdas se llaman *barreras*, las del medio *tendidos* y las que están junto á la grada cubierta *tabloncillos*. Estos asientos, de granito azulado, no tienen más techumbre que el cielo. Luego viene la grada cubierta, que se divide en *delantera*, *centro* y *tabloncillo*. Encima están los palcos y palcos por asientos, que son ciento diez. Los palcos de la reina gobernadora y la *inocente Isabel* están adornados con cortinajes de seda. Al lado está el palco del Ayuntamiento, que preside la plaza y resuelve las dificultades que se presentan.

Al sentarme en mi sitio experimenté un deslumbramiento vertiginoso. Torrentes de luz inundaban el circo, porque el sol es una especie de lámpara suprema que tiene la ventaja de no man-

char de aceite, y ni el gas podría vencerlo. Inmenso rumor flotaba por encima del redondel. En la parte del sol palpitaban y refulgían millares de abanicos y sombrillas, semejantes á enjambres de pájaros de vistosos colores que tendieran el vuelo; no había una localidad vacía. Ya constituyen un admirable *espectáculo* doce mil *espectadores* en un teatro tan vasto, que únicamente Dios puede pintarle el techo con el espléndido azul que saca de la urna de la eternidad.

La milicia nacional de caballería, bien montada y bien vestida, daba la vuelta al redondel precedida de dos alguaciles vestidos á la antigua usanza; vacío el anillo, los dos alguaciles fueron á buscar á los toreros. Los picadores montaban caballos cuyos ojos van tapados para que al ver al toro no se espanten. El traje de los picadores es muy pintoresco y se compone: de una chaquetilla abierta de terciopelo anaranjado, rojo, verde ó azul, cargado de bordados de oro y plata, lentejuelas, flecos, botones de filigrana y adornos de todas clases, que hacen que el paño desaparezca bajo los arabescos luminosos y fosforescentes; el chaleco por el mismo estilo, pechera bordada, corbata vistosa, faja de seda y pantalones de cuero acolchados y reforzados por dentro metálicamente, para defender las piernas contra los cuernos del toro; sombrero ceniciento, de alas anchas, aplastado, con enorme moña. El arma del picador es una lanza con punta de una ó dos pulgadas de longitud, que no puede herir peligrosamente al toro, pero basta para irritarlo y contenerlo. La silla es muy alta por delante y por detrás, y se parece á los arneses de acero en que se empotraban durante los torneos los caballeros de la Edad Media. Los estribos son anchos, como los de los turcos, y una larga

espuela de acero, larga como un puñal, arma el tacón del jinete.

Los chulos tienen muy buen aspecto con su calzón corto de seda, azul, verde ó colorado, bordado de plata en todas las costuras, la chaqueta historiada con adorno, la faja apretada y la montera airosamente ladeada. Llevan al brazo una capa que despliegan y hacen ondear delante del toro para irritarlo, deslumbrarlo ó burlarlo.

Los banderilleros llevan el mismo traje y tienen por especialidad hincar al toro una especie de flechas dentadas y adornadas con papeles, las cuales se llaman banderillas y tienen por objeto avivar el furor de la res y darle el grado de exasperación necesario para que se presente bien al estoque del matador. Las banderillas se ponen á pares, metiendo ambos brazos entre los cuernos del toro, operación delicada, durante la cual es peligroso distraerse.

El espada se diferencia de los banderilleros en un traje más rico, más adornado, y tiene por armas un estoque largo y un pedazo de tela roja tendido á lo largo de un palo, cuyo nombre técnico es muleta.

Presentados teatro y actores, describamos la función.

Los picadores, escoltados por los chulos, saludan al palco del Ayuntamiento, desde el cual se les echa la llave del toril, que coge el alguacil y entrega á un mozo, huyendo luego á galope entre los silbidos é injurias de la muchedumbre, porque los alguaciles y otros representantes de la autoridad son tan impopulares en España como en Francia. Luego los dos picadores se colocan junto á la puerta del chiquero, á poca distancia uno de otro, arrimados á las tablas, firmes en los arzones, pica

en ristre y dispuestos á recibir á la fiera; chulos y banderilleros andan dispersos por el redondel.

Sonaron clarines; abriéronse estrepitosamente las puertas rojas y se precipitó el toro en el anillo, mientras resonaba inmensa aclamación.

Hermoso animal era, casi negro, cuadrado hocico, astas agudas y brillantes, patas delgadas, cola que no cesaba de moverse, con la divisa de la gananería entre ambos hombros. Se detuvo un momento, olfateó el aire dos ó tres veces deslumbrado por la claridad, asombrado por el tumulto, y después, viendo al primer picador, le atacó con furioso arranque.

El picador era Sevilla, hombre de treinta años próximamente, gallarda apostura, robusto como un Hércules, atezado como un mulato, con magníficos ojos y fisonomía semejante á la de un César de Tiziano. La expresión de serenidad jovial y desdenosa de su semblante es realmente heroica. Bajó la pica y sostuvo el choque tan victoriosamente, que la fiera se tambaleó, después de recibir una herida que le hizo correr hilillos rojos por la negra piel; se retuvo incierta pocos momentos y se lanzó, más rabiosa que antes, contra el segundo picador.

Antonio Rodríguez le dió otro puyazo que abrió una segunda herida junto á la primera, pero el toro se revolvió contra él y clavó el asta entera en el vientre del caballo. Acudieron los peones sacudiendo las capas, y el animal estúpido, atraído por el engaño, los persiguió velozmente, pero los toreros, apoyándose en el estribo, saltaron la barrera, dejándole burlado.

La cornada había abierto el vientre del caballo, de modo que las tripas le arrastraban por el suelo, y creí que el picador iba á tomar otra cabalgadura, pero nada de eso; le tocó la oreja para ver

si el golpe era mortal, pero estas heridas, aunque horribles para la vista, se curan muchas veces; se vuelven á meter las tripas en la barriga, se le dan á ésta dos ó tres puntos, y el caballo aun puede utilizarse. El picador espoleó al suyo y se fué á colocar algo más lejos.

El toro comprendía que no iba á ganar nada con los picadores, y volvía á la querencia (así se llama cualquier sitio de la plaza á que el toro toma afición y al cual acude á cada momento).

Una nube de chulos empezó á desplegar ante la vista de la res las capas de vivos colores; uno llevó la insolencia hasta el punto de envolver la cabeza del toro con el trapo arrollado; la fiera se desenvolvió del inoportuno adorno, lo echó al aire y lo pateó con rabia. Aprovechando este furor, un torero lo llevó hacia donde estaban los picadores: el toro vaciló al verse frente á ellos, y luego se lanzó contra Sevilla con tal fuerza, que el caballo cayó patas arriba. Sevilla cayó también debajo del caballo; acudieron de nuevo los chulos y el jamelgo no sufrió más que un varetazo en un muslo. El del otro picador salió peor librado; recibió tan violenta cornada en el pecho, que el asta entró toda en la herida. Rodríguez se agarró como pudo á las tablas, que salvó con ayuda de los chulos, porque el picador caído, con el peso de las férreas botas, no se puede mover apenas.

El caballo, abandonado á sí mismo, atravesó el redondel tambaleándose, como borracho, tropezando en sus propias tripas; olas de sangre negra brotaban impetuosamente de la herida; al fin cayó junto á la barrera. Alzó dos ó tres veces la cabeza, golpeó débilmente el suelo con la cola, agitó convulso las patas traseras y soltó un supremo par de coces, como si hubiera querido dar con los duros

cascos en el cráneo de la muerte. La sensación más penosa que experimenté en las corridas de toros la produjo la muerte de aquel caballo, que no fué la única víctima de su clase; catorce perecieron aquella tarde, y un solo toro mató cinco.

Cuando la fiera empezaba á fatigarse, llegaron los banderilleros y pronto le colgaron unos cuantos pares. Un banderillero llamado Majarón se los ponía muy bien y oía muchos aplausos. Cuando el toro tenía ya clavadas siete ú ocho banderillas, corría desatentado, mugiendo horriblemente. Brotábase la baba espumosa del hocico, y embriagado por la rabia, dió tales cornadas contra una puerta, que la hizo saltar. Los carpinteros la arreglaron en un momento; un chulo llamó la atención del todo hacia otro lado y fué perseguido tan de cerca, que apenas tuvo tiempo para saltar la barrera; pero el toro, exasperado, la saltó detrás de él. Cuantos se encontraban entre barreras se echaron con celeridad maravillosa á la plaza, en la cual volvió á entrar el toro por otra puerta.

Retiráronse los picadores, dejando el campo libre al espada Juan Pastor, que fué á saludar al presidente y pedir la venia para matar el toro; concedida ésta, tiró la montera y se fué para la res con decidido andar, ocultando el estoque entre los pliegues rojos de la muleta. Sacudió ésta varias veces, evitando con leves movimientos del cuerpo la acometida del toro, que volvía á la carga, metiendo la cabeza en la tela, que movía sin atravesarla. Llegado el momento favorable, el espada se colocó frente al toro agitando la muleta con la izquierda y poniendo la espada horizontal, con la punta á la altura de las astas; difícil es de explicar la angustiosa curiosidad, la atención frenética que excita aquella situación, que vale tanto como los dramas

de Shakespeare; pronto perecerá uno de los dos. ¿El hombre ó el toro? Ambos están solos, frente á frente: el hombre no tiene ninguna arma defensiva, está vestido como si fuera á un baile, con zapatillas y calzón de seda; no tiene más que la espada y la muleta; el toro posee las ventajas materiales: cuernos terribles, agudos como puñales, fuerza enorme de impulsión, la cólera de la bestia que no tiene conciencia del peligro, pero el hombre tiene espada y corazón, doce mil miradas fijas en él; hermosos jóvenes le aplaudirán pronto con blancas manos.

Apartóse la muleta, dejando al descubierto el busto del matador; á una pulgada de su pecho están las astas; lo creí perdido. Argentino relámpago pasó con la rapidez del pensamiento por entre los cuernos; el toro cayó de rodillas, lanzando un mugido doloroso, con el estoque clavado entre los hombros, como el ciervo de San Huberto, que llevaba entre las astas un crucifijo, según lo representa el maravilloso grabado de Alberto Dureró.

Estalló una tempestad de aplausos en el anfiteatro: palcos de la nobleza, gradas de la clase media, tendidos de manolas chillaban y vociferaban con todo el ardor meridional: «¡Bueno, bueno! ¡Viva el Barbero, viva!»

La estocada á volapié, que era la que dió el matador, es en efecto muy notable: el toro muere sin verter una gota de sangre, lo cual constituye la elegancia suprema, y cayendo arrodillado parece reconocer la superioridad de su adversario. Dicen los taurófilos que el inventor de esta estocada fué Joaquín Rodríguez, célebre torero del siglo pasado.

Cuando el toro no muere en el acto, salta la barrera un ser misterioso, todo vestido de negro,

que no ha tomado parte en la corrida y se llama el cachetero; anda con paso algo furtivo, espía las últimas convulsiones del toro, observa si está en situación de volverse á levantar (lo cual ocurre á veces) y le clava traídoramente por detrás un puñal cilíndrico que mata con la rapidez del rayo.

Tocó la música; abrióse una puerta y cuatro mulas magníficamente enjaezadas, con banderitas de los colores nacionales, entraron á galope en el redondel y se llevaron primero los cadáveres de los caballos y luego el del toro. Se cubrieron con arena los charcos de sangre para que no resbalaran los toreros, volvieron los picadores á su sitio, sonaron los clarines y otro toro pisó el anillo, porque en este espectáculo no hay entreactos, ni aun cuando perece un torero. No contaré la lidia de los ocho toros, pero hablaré de algunas variantes é incidentes notables.

Hay toros poco feroces que no pedirían más que volverse á la dehesa y tumbarse á la sombra; no hacen caso de picadores ni de banderilleros, y entonces hay que recurrir al medio violento de las banderillas de fuego, que se inflaman algunos momentos después de haberle sido clavadas al toro cobarde, y estallan con chispas y detonaciones, de modo que esta ingeniosa combinación deja al toro pinchado, quemado y atontado: aunque sea el más aplomado de los toros, tiene que enfurecerse; ruge y se agita en todos sentidos para librarse de los fuegos artificiales que le abrasan las orejas y le tuestan la piel.

Las banderillas de fuego no se ponen sino en último extremo; son una especie de deshonra para la corrida que se acuda á ese medio, pero cuando el presidente tarda mucho en concederlo, se arma tal alboroto, que le obliga á ceder. No es

posible imaginar los gritos y vociferaciones, los aullidos y las patadas. Unos chillan: «¡Banderillas de fuego!» Otros «¡Perros, perros!» Se dirigen mil insultos al toro: se le llama bandido, asesino, ladrón; se le ofrece un asiento de sombra; crujen y se hienden á bastonazos las tablas de los palcos; cae como nieve la pintura blancuzca de los techos. La exasperación llega al colmo; «¡Fuego y perros al alcalde!», ruge la muchedumbre, amenazando con el puño el palco presidencial. Al fin se concede el permiso, y queda restablecida la tranquilidad.

A veces es tan manso el toro, que ni las banderillas de fuego le bastan. Entonces grita la gente: «¡Perros, perros!» Y entran los perros cuando lo manda el presidente. Son animales magníficos, de raza muy pura y belleza extraordinaria, y se van derechos al toro, que arroja á cinco ó seis por los aires, pero no puede evitar que uno ó dos de los más fuertes y valientes se le agarren á las orejas. En cuanto hacen presa son como sanguijuelas: antes se les volverá del revés que sueltan la oreja.

Al cabo de un rato, el espada ó el cachetero hieren al toro, que vacila y cae al suelo, donde se le remata. También se emplea á veces otro instrumento llamado *media luna*, que le corta las corvas, pero aquello no es combate, sino asquerosa carnicería. A veces el matador yerra el galope ó da en hueso ó degüella al toro, lo cual es una falta grave según las leyes de la tauromaquia. Entonces se silba é injuria al torero, porque el público español es imparcial y aplaude al toro y al hombre según sus méritos respectivos, pero no tolera la cobardía en uno ni en otro. Un pobre diablo que no se atrevía á banderillar á un toro muy feroz, armó tal alboroto, que el alcalde prometió prenderle para que el tumulto se apaciguase.

En la misma corrida, Sevilla, que es admirable jinete, fué aplaudidísimo porque al enganchar su caballo un toro de fuerza extraordinaria, que levantando la testuz le hizo perder tierra por completo, el picador, en tan arriesgada postura, no vaciló en la silla, no perdió los estribos y sujetó tan bien al caballo, que éste, al caer, volvió á quedarse en la postura debida.

Cada corrida ha de producir veinte ó veinticinco mil pesetas; en una habitación de la plaza hay un cura y un médico prontos á administrar remedios para el alma y el cuerpo. Decían antes, y aun creo que se dice ahora, una misa por los toreros durante la corrida. Muerto el último toro, todo el mundo baja al redondel para verlo de cerca y los espectadores se marchan discutiendo sobre las suertes que más han llamado la atención.